

ROSTROS DE UN DIOS URBANO

Fructuoso MANGAS RAMOS*

Algunas observaciones previas

El primer problema, al hablar de Dios en la ciudad, es: ¿hablar o callar? Y me digo a mí mismo que hay tiempo para todo, y ahora quiero hablar. Y hablo desde una amorosa ignorancia; hablo desde la memoria y desde el deseo, desde la presencia y desde los vacíos, desde las respuestas y desde las preguntas. Y hablo, además, de los rasgos de un rostro, el de Dios, de una complejidad interminable. Toda palabra sobre Él es ambigua, parcial, analógica... Que quede claro desde el principio.

Porque, en las calles de mi barrio, Dios no es obvio. La ciudad es neutra, aunque le pasa lo que decía Heráclito del oráculo de Delfos: «no afirma ni niega, pero hace señas». Hay que saber verlas e interpretarlas, pues «tiene la fe sus propios ojos», decía san Agustín. Son las «dos gotas frescas de fe» que para sus ojos pedía Gerardo Diego. Y sirven para ver e identificar las señales de las que hablaba Heráclito. Para eso precisamente está la fe. Y aclaro que desde ella hablo. Y hablo -quiero dejarlo claro desde ahora- lo más lejos posible de todo panteísmo: el Dios que entreveo en mi ciudad es personal, trinitario, con rostro propio y «cristiano». Que conste.

Hablo desde una larga memoria que me precede, desde la larga tradición que hizo posible ese Libro de Dios y de Vida que es la Biblia y desde la larga tradición que desde ahí ha hecho posible lo que hoy somos, sabemos y creemos. Y esta memoria la resumo en siete rostros, en siete encuentros fundamentales para mí, en medio de una ciudad como Salamanca.

Los siete rostros

1. Con el primer rostro comienzo, como debe ser, por el principio: por esa ingenua y profunda narración de Gn 3. Y con una observación que el texto hace como de pasada en el v. 8: «Dios se paseaba por el jardín tomando el fresco». Confesaba Job después de su tormentosa rebelión: «Si Dios se cruza conmigo, no lo veo; pasa rozándome y no lo siento».

Dios pasa y pasea conmigo por las calles de Salamanca. Si me miro por dentro, va conmigo; me fijo en un rostro, y allí se transparenta un hálito de Dios mismo; hay un mendigo en la esquina, y me parece que Dios también se encorva y se avergüenza con él y en él; una mujer pasa con rostro cansado de soledad, y Dios mismo tiene cara de oscuro cansancio; un grupo de niños juega como puede en un rincón de la plazuela, y Dios también ríe entre ellos... Cualquier cazador furtivo medianamente hábil y un poco experimentado descubrirá esa santa pieza que es Dios en la calle. También Dios se pasea por Salamanca.

Y Dios se me hace equilibrio y paz junto a las Úrsulas; fuente de saber y omega definitivo en el patio de Escuelas; humilde y humillado en la calle X de Los Pizarrales; vitalista y postmoderno en cualquier campus universitario; interior y profundo en el silencio de la Veracruz; luminoso y mediterráneo en La Purísima; difícil y replegado en la Clerecía... Cada calle es una vía de acceso a Él; cada casa es morada suya, y cada espacio urbano es asiento y paseo de un Dios que lo ocupa todo y todo lo trasciende. Dios pasea por Salamanca: tan lejos que no lo alcanzamos a ver, tan cerca que no recomponemos su rostro. Lo que pasa es que los ojos de la fe tienen «zoom» y hasta gran profundidad de campo. Y logran enfocar ese rostro de Dios.

* Párroco de “La Purísima”, Salamanca. Revista Sal Terrae, septiembre 1998, Tomo 86/8, n. 1015, pp 657-665.

2. *Sólo un paso más en ese libro de memorias y presencias que es la Biblia, y veo el segundo rostro: en el v. 9 del cap. 4: el dramático encuentro de Dios con Caín. Es la primera pregunta que Dios hace a un hombre fuera del paraíso: «Caín, ¿dónde está tu hermano Abel?». ¿Hará falta recordar que «abel» significa «desvalido, frágil»? En cualquier caso, él representa a todos los frágiles, rotos, desvalidos y sin valor de este mundo; los tan sin valor que, como diría el escritor uruguayo Eduardo Galeano, «no valen ni lo que vale la bala que los mata».*

La pregunta, o el grito, o el suspiro... saltan, duros y broncos, en cualquier espacio de la ciudad. Y ahí está Dios, también crucificado; legalmente, pero crucificado en las afueras de la ciudad, entre dos malhechores.

«Dios es negra»: era un desafío teológico y social planteado por los negros esclavos contra los blancos ricos y cristianos. Es decir, Dios es mendigo, Dios toma metadona, Dios es inmigrante y, para más inri -¡nunca mejor dicho!-, es ilegal. Dios estuvo en Topas, y quizás toma el Retrovir con la esperanza de ganarle la carrera al SIDA. Dios duerme en el portalillo de San Benito. Dios, además de pobre, es vago e insoportable... Y así cientos y miles de rostros de Dios. Y este Dios se me cruza con desparpajo y algo de provocación todos los días una y otra vez. Como Atenas en aquella visita de Pablo, Salamanca está llena de dioses, y quizás el verdadero parece un desconocido: no tiene casa ni carnet, ni aparece en el padrón municipal, ni paga cuota parroquial, ni tiene siquiera sus papeles en regla.

Más mal que bien, sin ninguna ventaja, un poco a mi pesar, pero con mucho amor y una muy especial ternura, veo el rostro de Dios, aunque no siempre, y por torpeza mía, en el rostro de todos los nadies, de todos los ninguneados, de todos los injusticiados... sean inocentes o culpables. Es el calvario, el vía crucis de todos los días: en cada persona pobre, doliente y dolida, en cada desamparado... descubro a veces el «ecce homo» del gobernador Poncio Pilato: alguien me dice hoy también «Ecce homo», «He aquí al hombre». Y al ver a ese hombre, a ése ahora y no a otro, veo a veces el rostro mismo de mi Dios en la ciudad. Menos cuando, con cualquier pretexto, desvío los ojos y miro para otro lado, disimulando.

3. *«Éxodo» es el nombre perfecto para el libro que en la Biblia lleva ese nombre. Estamos en el cap. 17, y todo parece demostrar que Dios ha abandonado a su pueblo: la sed y el hambre, el desierto implacable, el tiempo que pasa..., y la tierra tantas veces prometida no llega. Dios parece que habla, pero lo único evidente es que no hace nada, permite el mal, la enfermedad y la muerte. El pueblo que se creía elegido y amado no tiene salida. La protesta es obligada. «¿Por qué nos has sacado de Egipto para matarnos de hambre y sed a nosotros y a nuestros hijos?» Es el difícil tercer rostro de Dios.*

Y desde entonces en miles y millones de voces la misma pregunta: en medio de tantos males, de tanta injusticia, de tanta muerte...: ¿dónde está Dios? Siempre hay aquí una herida abierta, una queja no resuelta, una reivindicación no satisfecha. Es el problema de Dios y del mal que, de mil formas crueles, rodea y asalta a más de media humanidad. Y también en mi ciudad hay demasiados males sin sentido: soledad para muchos ancianos, para demasiados niños y adolescentes sin ningún futuro ni opción alguna de dignidad para su vida; afrentosas desigualdades en una ciudad alegre y confiada, muchas familias descolgadas del bienestar que otros disfrutamos, el paro que no cesa, transeúntes que van y vienen sin fin y sin razón, etc., etc.

Y ahí está Dios, callado, sin intervenir, aunque parezca mentira, siendo como es Providencia de los hombres y Señor del mundo. Y no sé por qué calla, pero sé que está ahí, tomando nota, mirando cada rostro, sin perder palabra ni gesto ni dolor ni grito de nadie... No sé por qué calla, pero sé que está ahí, y lo veo, con los ojos de la fe lo veo. Y esta visión de un Dios callado, a la vez que me desconcierta y a veces hasta me enfurece, no me da consuelo alguno, pero me da la certeza de que habrá justicia y de que hay que empezar haciéndola ya desde ahora. Es una certeza aparentemente inútil, pero junto a ese Dios callado, que veo y siento y afirmo, acabará teniendo razón y eficacia. Y

dará sentido. Lo insinuaba Goethe en un verso magnífico, hablando del dolor y de la cruz de Cristo: «¿Quién le ha puesto rosas a la cruz?».

Es aquella mínima historia tan extensa como el mundo del mal de los hombres: «Avanzo unos metros, y ella se aleja otros tantos; corro hacia ella, y ella corre también lejos de mí. Entonces, pregunto, ¿para qué sirve la utopía? Para caminar, hermano, para caminar...» Ésa es la mínima historia, y yo, no tan bien como quisiera, sigo también caminando, porque sé, porque lo veo (¡ Ay, los ojos de la fe!), que Él, el Dios del silencio, está ahí. Y sigo esperando que hable. Mientras tanto, lo veo y lo reconozco en mil pasos perdidos por las casas y calles de esta ciudad.

4. Pasando por alto muchos otros rostros y presencias, llegamos hasta el profeta Isaías (44,6): «Yo soy el primero y yo soy el último». Los profetas lo dicen de muchas formas. Lo cantó a la cítara David en el II Libro de Samuel: «Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador. Dios mío, peña mía, refugio mío, mi escudo, mi fuerza salvadora, mi baluarte Tú». Y cerrará la lista el Apocalipsis: «Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin».

Muchos siglos después, heredero feliz de cuantos me han precedido en la misma convicción, firmo esta larga lista de confesiones creyentes: Dios en mi centro, como columna y vertebración; Dios encima y debajo, como espacio de aire y respiro y como humus en el que broto y crezco; Dios dentro, como alma y aliento; Dios en la raíz, como semilla y origen; Dios en la copa, como aspiración y final definitivo.

Es el rostro de Dios que funda y fundamenta la existencia, es el brazo interminable del que pende el péndulo que me sostiene, a pesar de los nombres de la rosa y de los péndulos de Umberto Eco. A pesar de las razonables dudas de cualquier pensador semiótico, creo que Dios es mucho más que un nombre, y que de Él vivo en suspenso y suspendido. Creo que Él es, efectivamente, el primero y el último, el alfa y la omega. Y esto no por necesidad, y menos por un azar misterioso, sino por una evidencia clara y distinta, que también Descartes, cargado de razón, era un hombre profundamente creyente.

Este rostro de Dios, como textura de la vida y consistencia de todos los saberes, lo veo en cualquier campus, en cualquier aula, en este espacio venerable y vivo del aula de Fray Luis, en cada libro, como final implícito en cada investigación... No es un prejuicio, ni una petición de principio, ni una tautología, ni un fanatismo. Es cuestión de pensamiento, de razón suficiente, de discernimiento intelectual y de resolución personal. En medio del pensamiento humano también entreveo y afirmo el rostro de Dios. Un rostro difícil, que necesita dedicación, honestidad intelectual, libertad de espíritu, pasión por la verdad, rigor y resistencia en la búsqueda, soltura e inocencia para la confrontación... y algunas cosas más. Por eso es un rostro costoso, lento, siempre en revisión, muchas veces negado, otras tantas afirmado...; pero es, ese Dios, la luz transversal que atraviesa mi pensamiento y mi razón.

Y este rostro de Dios, tan importante y explícito en una ciudad tan universitaria como ésta, parece aparcado en cunetas laterales al margen del río del pensamiento científico. Pues yo, humildemente, laboriosamente, veo este rostro de mi Dios urbano y universitario. No en vano, el último de los enigmas de la vieja fachada del claustro, que fueron ideario y camino hacia la sabiduría para los alumnos de esta universidad, propone a Jesucristo, enlazado con el arca de la vieja Alianza, como fin y promesa de todos los caminos de la vida y de la razón, como corona y cima de todos «los trabajos y los días» del hombre.

5. El quinto rostro de mi Dios urbano lo encuentro, en paso nuevo de la Revelación y ya en el Nuevo Testamento, allí donde ante todo está: en Jesucristo, «Imagen de Dios invisible» (Col 1,15). Él es el primer sacramento, el revelador, el icono de Dios: «así es Dios», con algunas salvedades. Y a la vez por Él tenemos acceso a Dios, Él es puente, pontífice y mediador. Él es el rostro más aproximado, más fiel y verdadero de Dios.

«Faces de Dios», Cara de Dios, es el segundo nombre que expone Fray Luis de León. Y dice: «Decimos que (Jesús) es Faces y Cara de Dios, porque como cada uno se conoce en la cara, así Dios se nos representa en Él, y se nos demuestra quién es clarísimamente y perfectísimamente. Lo cual en tanto es verdad, que por ninguna de las criaturas por sí ni por la universidad de todas ellas juntas los rayos de las divinas facciones relucen y pasan a nuestros ojos, ni más claros ni en mayor abundancia que por el alma de Cristo, y por su cuerpo y por todas sus inclinaciones, hechos y dichos, con todo lo demás que pertenece a su oficio». Aquí, como en casi todo lo de Fray Luis, se abrazaron teología, humanidad y belleza.

Y desde Jesucristo, y por Él y en Él, el rostro de Dios se vela y se desvela en muchos espacios y gestos simbólicos. En muchas cosas, situaciones, lugares, acciones, realidades y espacios de mi ciudad... hay un plus de significado que lo transforma todo en algo totalmente otro; esto sucede de forma privilegiada y premeditada en los sacramentos. Y también en ese espacio tan frágil y tan resistente, tan hermoso y con tanta sombra, como es la Iglesia: pues la Iglesia, y nuestra Iglesia en Salamanca, es el segundo gran sacramento de Dios. Muchas veces, «cuando las palabras cesan, los signos gritan»; es necesario, casi siempre, «que callen los ecos para que se oigan las voces» verdaderas y originales.

Ejemplos y rasgos del rostro de Dios. Lo primero, y con palabras de M. Hernández, «Hay que volver al pan, a Dios y al vino, son ellos mi destino». Tengo la suerte, o la gracia, según el vocabulario cristiano, de ver sin ver, palpar sin palpar, sentir sin sentir... a Dios mismo hecho vida, encarnado y casi empanado en cada Eucaristía. En la celebración modesta de todos los días, en la solemne y cuidada de cada domingo, en la vivaz y festiva con los niños...

Es un Dios oculto y a la vista de todos, inaccesible y fácil, indemostrable y obvio, del que casi siempre disfruto, como aquel a quien le es dado, sin saber muy bien por qué, ver desvelada la hermosa profundidad del bosque más allá de los árboles evidentes de la primera línea. Y no sé por qué extraña, o quizá razonable, coincidencia, el bosque es siempre más hermoso que los hermosos árboles que impiden verlo.

Pero este rostro va y viene más allá y más acá de todos los sacramentos de la lista oficial y admite mil variedades: el rostro de cada niño acaba siendo un sacramento, o una pareja que desprende amor, o un encuentro inesperado, o el golpe de una desgracia, hasta a veces una violencia sin sentido, o una patera hundida (que en Salamanca no las hay, pero como si las hubiera), o un rostro desconocido, o el fulgor de un almendro florido, o la calle de la Compañía en cualquier atardecer, o el remolino de cientos de adolescentes en un sábado noche en la plaza de Monterrey, o un grupo de jóvenes reunidos para hablar de Dios a media tarde del sábado en cualquier salón en esa misma plaza, o el silencio adorador de la capilla de la Veracruz, o el alboroto, a esa misma hora, de cien niños pequeños en la zona infantil del Campo de San Francisco, o una campana que suena y avisa al caer la tarde, etc., etc., etc.

Al final, como al principio, todo es sacramento de Dios y del hombre; todo es símbolo para quien tiene la llave, la clave, la combinación de cada hecho, de cada espacio, de cada gesto. Al final todo es gracia, todo es rostro de mi Dios urbano. Y cuando tengo tiempo y silencio interior para ello, lo contemplo y lo disfruto. Y me siento afortunado.

6. El sexto rostro del Dios urbano es el de Dios metido dentro del hombre: «El Reino de Dios está dentro de vosotros» (Lc 17, 21), advertía Jesús para evitar expectativas y búsquedas inútiles. Es éste un rostro -como todos, pero éste más- contradictorio: está en la más íntima transcendencia y, a la vez, se asienta en la más expansiva inmanencia. Dicho de otro modo: está y no está, lo alcanzo y es inalcanzable, lo tengo y jamás lo poseeré; aunque yo vuele «tan alto que dé a la caza alcance», jamás pasaré más allá de su huella; aunque «sé do la fuente tiene su manida», jamás probaré el agua del hontanar primero; aunque conozca sus rasgos, jamás verá

su rostro... Dios me está dentro; me es más íntimo que mi propia intimidad. Pero, para desgracia mía, tiene razón Heidegger cuando avisa: «A veces lo que más lejos queda es la cercanía».

Es un rostro que juega con nosotros: lo llamo, y Él mismo es mi voz misma; intento verlo, y Él mismo es mi visión; busco su aliento, y su espíritu es mi propio espíritu; «alma mater» de mi «alma filia»... Decía A. Machado: «La voz con que te llamo es tu voz». Pues eso. Y este rostro, esa voz, va conmigo adonde voy yo. Con la advertencia de D. León: «Nadie fue ayer ni va hoy ni irá mañana, hacia Dios por este camino que yo voy. Para cada uno guarda un nuevo rayo de luz el sol y un camino virgen Dios». Aquí cada uno es cada uno y tiene su propio rostro y el rostro de su propio Dios.

Y ahí dentro cada uno está un poco solo, vive su propia subida a su Monte Carmelo, pasa su noche oscura en silencio o su mediodía entre cánticos...; cada uno hace ahí su biografía esencial, crea su propio rostro interior. No ve el rostro de Dios en su ciudad, sino que pasea, humilde y secretamente, por su ciudad el rostro de su Dios, llevándolo, feliz, en el cofre oculto de su cuerpo y de su alma.

Y siempre convencido de un secreto misterio: jamás él -yo mismo- llevaría a Dios dentro, si Dios mismo no lo hubiera encontrado antes. Dios es, como reza el título de Juan Ramón Jiménez, un «Dios deseado y deseante». Y este dato cierto simplifica y engrandece hasta lo más alto este rasgo del rostro de mi Dios urbano.

7. Y el séptimo rostro (hasta siete en total, como debe ser) cierra esta modesta presentación del perfil de mi Dios urbano. Toda esa historia memorable que es la Biblia, se cierra, por ahora, con la última frase del Apocalipsis: «Ven, señor Jesús». Y éste es el séptimo sello, el séptimo rasgo revelado del rostro de Dios. La vida y la muerte; o con más exactitud cristiana: la muerte y la vida.

Es un rasgo abierto y a la espera. Con la certeza de lo que se cree y con la zozobra inevitable de lo que no ha llegado. Es un rasgo que sale de la mezcla entre el ya de la fe y el todavía no de la culminación. Por eso todo rasgo del rostro de Dios, y éste más que todos, es siempre una sinfonía inacabada... Comienza en esta ciudad, en cualquiera, y acabará en la ciudad futura, de la que por nacimiento somos ya ciudadanos, pues en su padrón estamos señalados y registrados.

Pero en una ciudad la muerte queda relegada a espacios semiprohibidos; la muerte se oculta quizá por una asepsia que evite preguntas; se vela y se tapa quizá para poder no pensar en ella... La muerte apenas existe, porque apenas se ve. Por eso este rasgo del rostro de Dios es difícil de ver en mi ciudad. Para mí no, por mi servicio como cura de una parroquia. La muerte, como la vida, es una cosa de mucha luz. Y me siento privilegiado por poder verla con frecuencia.

Como final

Eran siete rasgos para un rostro inaccesible: en la calle de todos los días, en el prójimo de cualquier parte, en el dolor de todos los hombres, en la base de todo como raíz y gloria, en Jesucristo y en los sacramentos de la Iglesia, dentro de cada uno, en la hora luminosa de la muerte.

Y como no hay tiempo ni espacio para más, acabo tomando prestadas dos palabras. Una, de Julián Marías en su Breve Tratado sobre la ilusión, servida por Olegario González de Cardedal en su obra *La entraña del cristianismo*: «Cuando he llegado a ver algo -escribe Julián Marías-, pueden suceder dos cosas: que termine de verlo, como cuando contemplo un paisaje, una gema, una flor, un cuadro; o que siga viéndolo indefinidamente, como ocurre con un rostro amado. Este tiene un carácter programático, argumental, incesante, henchido de innovación, y se le puede seguir mirando durante toda la vida, sin que se acabe nunca». Esto mismo confieso yo del rostro de Dios en mi ciudad.

Y la otra palabra es inevitable y suplicante: pido con el salmo de David: «Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro». Amén.

Es aquella mínima historia tan extensa como el mundo del mal de los hombres:

«Avanzo unos metros, y ella se aleja otros tantos; corro hacia ella, y ella corre también lejos de mí. Entonces, pregunto, ¿para qué sirve la utopía? Para caminar, hermano, para caminar...»

Ésa es la mínima historia, y yo, no tan bien como quisiera, sigo también caminando, porque sé, porque lo veo (¡Ay, los ojos de la fe!), que Él, el Dios del silencio, está ahí. Y sigo esperando que hable. Mientras tanto, lo veo y lo reconozco en mil pasos perdidos por las casas y calles de esta ciudad.

Fructuoso MANGAS RAMOS

Párroco de “La Purísima”, Salamanca